

1/17031
9/714

EN LA INSORTAL BARRA
ELOGIO FUNEBRE.

al Doctor Don Pedro Rico y Amat,



AL VALIENTE EJERCITO ESPAÑOL

MEMORIO POLITÉCNICO

170st 7/714
ELOGIO FÚNEBRE

XLIX
F-83

QUE

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS

POR LA M. H. VILLA DE MADRID

en la Iglesia de San Isidro

EN EL DIA 5 DE FEBRERO DE 1837,

A LA DIGNA MEMORIA DE LAS ESCLARECIDAS VICTIMAS SACRIFICADAS POR LA PATRIA

EN LA INMORTAL BILBAO

EN LOS TRES MEMORABLES SITIOS

DIJO

el Doctor Don Pedro Rico y Amat,

del Consejo de S. M., Juez honorario del Tribunal de la Rota, agraciado con la Cruz de Carlos III, presentado para la dignidad de Dean de la Catedral de Guadix, Examinador Sinodal del Tribunal especial de las Ordenes, y del Arzobispado de Toledo, Capellan mayor de la Real Capilla de la Encarnacion, Presidente de la Academia de ciencias eclesiásticas, y socio del Ateneo científico de esta Corte.

LO DEDICA SU AUTOR

AL VALIENTE EJÉRCITO ESPAÑOL

y Milicia Nacional.

MADRID:

OFICINA DE DON TOMAS JORDAN,

IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

1837.



EL OLCIO FUNEBRE

QUE

EN LAS SOLERIAS DE MADRID

CELEBRADAS

POR LA M. N. VILLA DE MADRID

en la Iglesia de San Jerónimo

en el día 5 de Febrero de 1857.

A LA MEMORIA DE LAS ESCLAVITUDAS VICTIMAS SACRIFICADAS POR LA PATRIA

EN LA INMORTAL MEMORIA

DE LOS TRES MEMORABLES REYES

REYES

el Doctor Don Pedro Rico y Amat,

del Consejo de S. M., Juez honorario del Tribunal de la Rota, agraciado con la Cruz de Carlos III, presidente para la dignidad de Dean de la Catedral de Cádiz, Examinador síndico del Tribunal superior de las Ordenes, y del Arzobispado de Toledo, Capellán mayor de la Real Capilla de la Inmaculada, presidente de la Academia de ciencias eclesiásticas, y socio del Ateneo científico de esta Corte.

LO REDUJO EN AUTORA

AL VALIENTE EJERCITO ESPAÑOL

y el Ejército Francés.

MADRID:

OFICINA DE DON TOMAS JORDAN,

ENTRENDO DE CALERA DE S. M.

1857.

*Hasta en Ramá se oyeron las voces, muchos llantos
y alaridos: es Raquel que llora sus hijos sin que-
rer consolarse, porque ya no existen. SAN MATEO,
capítulo 3, versículo 18.*

Señores: cuando se presentan á mi conside-
racion, en este dia, las diferentes épocas que
dieron principio á nuestra libertad; cuando
reflexiono sobre el grande influjo que el amor
de la Patria ha tenido en el corazon de los hé-
roes españoles, sacrificados inhumanamente
en esta cruel contienda, no puedo menos de
esclamar. ¡Oh dulce encantadora Patria! ¡Qué
cosas tan grandes se dicen de tí! Solo no te
ama el que no te conoce: el egoista solo deja
de pagarte el tributo de todos sus alientos,
á que tienes derecho: quien sabe lo que eres,
quien penetra lo que te debe, no vive para
sí: su dicha es morir en tu obsequio; pu

que en el mismo voluntario sacrificio encuentra una vida verdaderamente feliz: eterniza su honor, y vé transmitirse su nombre inmaculado de una en otra generacion. Señores, no exagero: el buen ciudadano á la Patria lo debe todo: asi es que los trabajos, las desgracias, el suplicio, la muerte pálida, su horror, su tristeza no espantan, no hablan con el patriota fiel: él mira la guadaña, colocada sobre el cadalso, como el fin dichoso de la mas deshecha tormenta; como el indulto de las miserias de la vida; como arco de triunfo por donde pasa á una eternidad feliz: él habla con su propio corazon; fija el oido á lo que le dice su alma, y de aquí concluye, que ni el hambre, ni la sed, ni la fatiga, ni el cansancio, ni la vida, ni la muerte, ni criatura alguna podrá retraerle de salir al campo del honor, y hacer frente á sus enemigos, que lo son de su Patria: este es el carácter del verdadero patriota, del verdadero liberal: el que no es asi, en vano se honra con tan hermosos dictados, en vano clamará por la libertad de su Patria; su corazon no está acorde con sus palabras. Pero qué; habrá hombres tan felices, exentos de estas debilidades?; Ah, señores!

por dicha nuestra no tengo que acudir á épocas que pasaron para ofreceros vivos modelos de este heroísmo: no tengo necesidad de reproducir á vuestra vista el ejemplar valor de los fuertes de Judá: entre nosotros, en nuestra Península tenemos un pueblo, cuyos moradores son enteramente parecidos á los antiguos Israelitas; un pueblo en cuyos soldados y caudillos supo reunir el Omnipotente las virtudes de los Gedeones y Samueles, con el valor de los Aníbales, Escipiones y Viriatos: un pueblo y un ejército acérrimo defensor de la libertad de su Patria: un pueblo tres veces coronado, símbolo de su triplicado triunfo: un pueblo.... Corazon mio ¿por qué no me lo dejas nombrar? ¿Por qué embarazas mi lengua, y entorpeces mis labios? ¡Españoles! Patriotas todos, interesados en las glorias de nuestra Patria comun, venid, acercaos á este túmulo, escuchad sus mudos acentos, y ya no es necesario que yo os hable. Hasta en Ramá se oyeron las voces; es Raquel, es la desconsolada España que llora sus hijos sin querer consolarse, porque ya no existen.

¿Cuán dignos son pues estos valientes, que por nosotros han derramado su sangre,

á las oraciones y sufragios que la religion de nuestros padres ordena, y que la inmortal Cristina, la tierna madre de los españoles, manda se celebren en este dia en toda la Monarquía española; á ellos, y al valiente ejército que con ellos ha vencido, deberemos un dia el dulce reposo, la libertad, y la paz de España: á ellos, tal vez, el que un ambicioso Príncipe no se ciña una corona que pretende arrancar de las sienes de una Niña inocente: á ellos en fin el que los españoles no se vieran precisados á arrastrar con ignominia la cadena de los esclavos. Si otras veces, señores, estos elogios han podido ser el producto de la lisonja, el presente será la expresion de la veracidad: no os anunciaré sino verdades, y verdades dignas de la atencion del mundo entero. Nadie tema que la pasion las exajere; puntualmente para precaver esta sospecha, el orador no es Bilbaino. ¡Ah! esto solo faltaba: ellos sí que sabrian sentir mejor que yo, y pintar con mas vivos colores el horroroso cuadro de un sitio que los ha hecho inmortales. Yo justamente desconfio del acierto, pues solo dos dias se me han concedido para tan elevado asunto; y mi pobre ingenio se ve sobrecogido con tan

imponente aparato, y tan grandioso concurso. Mas yo cuento, señores, con vuestra benevolencia, porque no puede menos de seros grata la memoria de unos sucesos que tanto nos interesan.

¡Señores! si por desgracia fuéramos nosotros del número de los ciegos gentiles, que no tienen fé, ni esperanza de otra mejor vida, bien pudiéramos vivir descuidados de nosotros, y de los que nos han precedido: pero gracias infinitas al Dios inmortal, que con la luz soberana de la fé nos ha hecho conocer la hermosura, la nobleza, la inmortalidad de nuestra alma, y con ella la dulce esperanza de una vida dichosa. Esta fé y esta esperanza es la que estimuló á estos héroes á la virtud; la que reguló todas sus acciones, y la que en la muerte misma los llenó de consuelo: por esta razon el Apostol de las Gentes, escribiendo á los de Tesalónica, les exhorta en su primera carta á que se mantengan firmes en la fé de la resurreccion, y no se contristarían como aquellos que no tienen esperanza de una eterna retribucion: asi nosotros no venimos en este dia á llorar

su eterna separacion como los gentiles, sino á acelerarles con nuestros ruegos aquella mansion de los justos, hácia donde nosotros caminamos solícitos para vivir con ellos: y no hay duda que este deseo, esta esperanza, han sido el móvil poderoso de todas las acciones dignas de alabanza y de premio, y las que no solo forman hombres de bien, sino las que han producido siempre los mayores héroes en todas las virtudes. Si hablamos de valor y fortaleza, ¿quiénes se han hecho mas magnánimos? ¿Quiénes se han arrojado á mayores peligros? ¿Quiénes han conseguido mas señaladas victorias que los que han peleado por lograr una corona que no se marchita con el tiempo? Por eso los militares españoles se arrojan por las brechas sin temer los rayos de la pólvora y el plomo, y son comunmente invencibles en la defensa de la Patria en donde nacen, porque pelean con la esperanza de la Patria para donde nacen. Por eso el militar español ha mirado siempre como sacrilegio el abandono de la Patria, como una infraccion del juramento el temer al enemigo; y la fuga en la guerra la reputa por una infame apostasía, mucho mas temible que la muerte misma.

He aquí, señores, por qué ha brillado tanto el valor de los españoles en todas las edades, que ninguno de los antiguos escritores nos ha negado un lugar muy distinguido. Tucídides nos llama los mas belicosos, sin disputa, entre todos los pueblos de la tierra: Diodoro Sículo tolerantísimos de la hambre y de la sed en las batallas: Tito Livio sumamente guerreros é indomables. Señores, mi corazón se engrandece, mi alma recibe un placer que yo no sé esplicar, al ver tributados estos elogios por unos escritores extranjeros, siempre enemigos de las glorias de nuestra Patria. Y qué no hubiesen dicho, qué no hubieran escrito al presenciarse las actuales proezas de los españoles? Porque, señores, si las páginas de nuestra historia antigua enriquecidas están con el denodado valor de los de Sagunto, donde se estrelló todo el poder de Cartago, y la tenaz resistencia que opuso Numancia á la soberbia Roma: si las cenizas de Sagunto esparcidas por los aires nos recuerdan la humillacion de ciento cincuenta mil cartagineses, y ocho meses de sitio sostenido por un pueblo que prefiere la muerte á la infame esclavitud, nosotros presentaremos para la historia mo-

derna los hechos gloriosos de Vinaroz, de Requena, de Villafranca, de Oviedo, de Cenizero, de Bilbao: de Bilbao, señores, que ha sabido pelear, vencer, destruir á las fuerzas todas reunidas de nuestros enemigos: de Bilbao, que dominada por todas partes, abierta por todos lados, como otra invicta Zaragoza y Valencia, sin mas muros que los pechos de sus hijos, ha humillado la soberbia del tirano; y la muerte del principal caudillo, en el primer sitio, fue la señal mas positiva de la suerte que estaba reservada á los demas en los sitios posteriores. Y si las ruinas de las Banderas y Capuchinos, y los escombros de San Mamés, Burceña y San Agustin demuestran una constancia, un valor igual, si se quiere, á los Numantinos, los Bilbainos llevan la ventaja sobre todos, pues que la mas señalada victoria, el triunfo mas completo vinieron por último á coronar sus esfuerzos.

Cuente la historia la lamentable situacion de España ocupada por los moros en el siglo VIII; la traicion de los hijos de Ubitiza, la perfidia del conde D. Julian, y el formidable poder del califa de Damasco; pinte al bárbaro africano pisando nuestro pátrio sue-

lo, desolando las ciudades, talando nuestros campos, y ofreciendo la Nación toda el cuadro triste que un dia formó de Jerusalem el Profeta del llanto, que nosotros tambien transmitiremos á las generaciones venideras el lamentable estado de nuestra patria destruida por sus mismos hijos, desolada por los secuaces de un príncipe mas ingrato que el conde D. Julian; y allí brillará el valor de los bilbainos, que como los hijos de Pelayo, han sabido conservar en un pueblo rodeado de montañas iguales á las de Asturias, un patriotismo sin mancha, una fidelidad sin límites, un heroismo sin segundo. Ahora es cuando yo envidio las cien lenguas de que habla el Poeta: y aun con tanta facundia, no podria hacer brillar, como es justo, el valor español en los últimos memorables acontecimientos de Bilbao.

Con efecto, cerca de dos meses iban transcurridos, y en lucha tan gloriosa jamás desmayó el ánimo de los bilbainos. Un ataque sucede á otro ataque; un asalto á otro asalto; quizá no hay un palmo de tierra que no esté teñido con la sangre de estos héroes: talvez no hay un monte inmediato, una llanura que no haya sido teatro de las mas san-

grientas escenas ; hasta que entre tanta ansiedad y pena se recibe por fin la alegre nueva de que el esforzado Espartero habia entrado con su valiente ejército en Portugalete , decidido á salvar á Bilbao. Sí , señores, Espartero conoce muy bien el lamentable estado de los sitiados, y puesto al frente de sus soldados, y como otro Matatias, é invitando el celo de Judas Macabeo, les dirige estas memorables palabras.—El heroismo con que se han defendido los fieles habitantes de Bilbao, la constancia y el valor de vuestros compañeros que guarnecen aquella plaza, merecen todos nuestros esfuerzos para evitarles la opresion de la tiranía. ¿Qué seria de nosotros, si faltásemos á un deber tan sagrado? La maldicion de los españoles caeria sobre nuestras cabezas; la ignominia y el baldon nos seguiria hasta el escondido seno donde fuésemos á ocultar nuestra vergüenza ; y las naciones del mundo entero dirian con fundamento que el ejército del Norte habia degenerado de su bravura y entusiasmo. No seré yo el instrumento del oprobio ; ofrecí conducirlos á la victoria , y pereceré antes que privaros del triunfo. Quiero, sin embargo, saber quienes son los que están decididos á

morir antes de retroceder.—Esto dijo, y el ejército entero á una voz prorumpie en vivas á su jeneral, á la libertad y á la Reina.

Amaneció, señores, el dia veinte y cuatro de diciembre, dia muy parecido al del juicio final; dia frio, triste, tempestuoso; el silbo del uracan, la copiosa nieve y el interpolado granizo, en vez de amilanar al soldado, aumentan su ardimiento, y el ánsia de volar por el laurel, que ha de ceñir su frente. Eran las cuatro de la tarde, y los soldados ejecutan su embarque, y las baterías inglesa y española, colocadas de antemano en la torre de Luchana, favorecen el desembarco: el triunfo, señores, era seguro, con tal que el cielo se mantuviera neutral; mas una nube de nieve, y unas tinieblas mas densas que las del Egipto no permiten distinguir los objetos; sin embargo, saltar las tropas en tierra, tomar la batería del camino, arrollar al enemigo, trepar al monte de Cabras y tomar tambien sus baterías, fue obra del momento; allí se multiplican los actos de heroismo, en medio de una noche horrible: cayeron centenares de valientes, cuya sangre preciosa nos aseguró al fin la posicion tres veces perdida, y tres veces conquistada; el combate se pro-

longa hasta las dos de la madrugada, hora en que desencadenados los elementos triunfaron al fin de la resistencia de los hombres: agotadas las fuerzas de ambos ejércitos á un tiempo, se suspende el fuego hasta las cuatro de la mañana: los instantes entonces eran los mas críticos; la suerte del ejército, de la inmortal Bilbao, y acaso de la Nacion entera, pendia del último esfuerzo; el caudillo que manda las tropas asi lo conoce: á pesar de su enfermedad se pone al frente de ellas; sus palabras cunden cual fuego eléctrico entre las filas de los soldados, un momento antes exánimes: al toque de ataque se precipitan sobre los rebeldes aterrados; lanzán-los de su última posicion, obligándolos á buscar su salud en la fuga mas vergonzosa.

Señores, no puedo menos de manifestar lo que encuentro yo de mas admirable en este grandioso triunfo. Me acuerdo haber leído en la sagrada Escritura, que Josué, valiente capitan del pueblo de Dios, queriendo librar á los Gabaonitas, sitiados por los Amorrheos, caminó toda la noche, y al amanecer echóse de repente sobre ellos, y deseoso de esterminarlos enteramente antes de concluir el dia, pidió á Dios detuviera al

sol en su carrera: así sucedió, y no hubo día mas grande, ni antes ni despues. Pero señores, el esforzado Espartero no necesita, con tropa tan valiente, de la claridad del día: en las tinieblas de la noche triunfa de sus enemigos, vence á los elementos, y humilla á la misma naturaleza conjurada en su esterinio. Alegre, vencedor, cargado con los despojos de sus enemigos, así entra el caudillo al frente de su ejército en la heróica Bilbao á las diez del día mismo en que el libertador de las Naciones, Jesucristo, habia venido al mundo para salvarnos, para hacernos libres: sus habitantes todavía dudan de lo que ven sus ojos: allí es ver mil y mil jentes mezclando con sus vivas y aclamaciones las lágrimas de puro gozo que vertian sus ojos: allí era ver á los débiles y trémulos ancianos esclamar como Simeon: = moriremos en paz, porque nuestros ojos han visto al Salvador de nuestro pueblo: allí era ver á los parbulillos y pequeñuelos entonar, á imitacion de los niños hebreos, aquel alegre Osanna, que subia hasta las alturas: allí era ver á los majistrados del pueblo que en union con la inmortal guarnicion á voz en grito le decian: = bendito sea el es-

forzado jefe de tan valiente ejército: tú serás, repetian todos, la gloria de nuestra Nación, el honor de nuestro pueblo. ¡Qué día, señores! ¡Qué día tan esclarecido! El vincula cuarenta siglos de gloria para nuestra España; día de confusion y de afrenta para la faccion humillada: día de asombro para las potencias de Europa: día cuyo eco todavía estremece los contornos de Oñate y de Durango: día de triunfos y coronas para las inocentes víctimas que en él se sacrificaron: día, en fin, que debe grabarse en el corazon de los españoles como época feliz de valor, de patriotismo y de fidelidad.

Señores, antes de concluir permitidme sacar de cuanto llevo dicho una consecuencia bien gloriosa para nuestra Nación y sus ilustres guerreros; á saber: Que no se criaron los cuellos españoles para sufrir el vergonzoso yugo de un rey tirano: que entre la esclavitud y la muerte jamás han dudado perecer: y que cuando no han tenido ni libertad, ni patria, no han querido tener vida. Esto enseñan los anales de España en todas las edades: y esta es la leccion que hoy nos dan esos héroes desde el fondo del sepulcro.

Acercaos, víctimas ilustres, patriotas ge-

nerosos, acercaos á Dios: él os llama para sí; os quiere felices en su compañía : porque no quisisteis ser esclavos en esta patria terrena, os convida á ser libres en la Jesusalen celestial: id, tomad posesion de aquella inmensa dicha. Y nosotros adoremos al Rey, ante quien todo vive, ante quien viven singularmente los héroes de Bilbao: venid, adoremos á Dios que obra la resurreccion de los justos para darles vida perdurable y eterno descanso.

